

LA MEXICANA, UNA DEMOCRACIA DEFICIENTE

Lorenzo MEYER

En *El contrato social* (1762), Juan Jacobo Rousseau afirmó: “si tomamos el término en su sentido estricto, resulta que nunca ha habido una verdadera democracia y nunca la habrá”. Y es que la democracia resulta ser, a la vez, una aspiración y una realidad. En tanto que un gobierno del pueblo, para el pueblo y por el pueblo, la democracia es un modelo ideal que no tiene una contrapartida en la realidad, pero que sirve para juzgar a la democracia que efectivamente existe y que en cualquier país es imperfecta. Sin embargo, hay grados de imperfección y la nuestra lo es en un grado tal que, de no modificarse su calidad sustantivamente en el futuro cercano, se corre el riesgo de que nuestro proyecto o experimento democrático se venga abajo.

Hasta finales del siglo XX, todos los cambios de régimen político experimentados en México se lograron por la vía catastrófica, donde la violencia y la destrucción fueron el requisito para las etapas constructivas. El actual es el primer cambio de régimen relativamente pacífico; sería lamentable, imperdonable, que por deficiencias en la conducción política, el proceso se descarrilara.

No voy a decir aquí nada nuevo, sino a reiterar lo obvio, porque resulta que eso es también lo importante y lo urgente. Una de las raíces del desencanto es lo reiterado de la promesa incumplida. De la supuesta “administración de la abundancia” a fines de los años setenta del siglo pasado o del supuesto ingreso de México al club de los desarrollados con el Tratado de Libre Comercio de América del Norte a inicios de los noventa, hemos vuelto a una realidad que nos dice que en los últimos 22 años, en promedio, el crecimiento real de la economía llega, en el mejor de los casos, al 1% anual. La democracia en el 2000 vino acompañada de una promesa de crecimiento del 7% anual y el resultado es el que todos conocemos: el estancamiento. El Latinobarómetro nos dice que si bien el

67% de los mexicanos acepta a la economía de mercado como el mejor camino al desarrollo, el 78% está insatisfecho con la forma en que esa economía de mercado funciona en nuestro país, y el 84% de los encuestados considera que el país “va por mal camino”. En el subcontinente sólo en Perú y en Ecuador hay un pesimismo mayor.

Si bien el crecimiento económico no es una variable dependiente de la democracia, resulta que finalmente la coincidencia de estancamiento económico con el inicio del periodo democrático y el fracaso de la promesa de mejoramiento material sí tiene efectos negativos sobre la percepción de la eficiencia de las formas políticas que hoy tenemos y que son las democráticas.

Paso a otro punto, distinto pero relacionado con el anterior. Para funcionar bien, *la igualdad política que implica el régimen democrático no requiere de una igualdad equivalente en lo social*. Sin embargo, en algún punto, una combinación de igualdad política en ascenso, como la que México experimenta ahora, con desigualdad social también en ascenso se convierte en una contradicción que debe tener un límite. No sabemos cuánta tensión en este sentido soporta el México contemporáneo, pero un liderazgo político inteligente trataría de no averiguarlo y revertir las tendencias. Si suponemos que hoy el 1% de las familias mexicanas recibe, cuando menos, el 20% del ingreso disponible y que el 20% de las familias con menos ingresos tiene que sobrevivir con tan sólo 4.5%, es claro que la gran tarea para consolidar el recién adquirido carácter de México como sociedad democrática es un reforma fiscal verdadera, tarea pospuesta desde hace al menos cuarenta años y única vía para remodelar a la sociedad mexicana en un sentido compatible con el proyecto democrático. En 1906, en vísperas del estallido de la Revolución mexicana, Andrés Molina Enríquez señaló que la sociedad mexicana tenía un cuerpo deforme, horrible. Bueno, un siglo después la deformidad ha retornado, y atacarla, deshacerla, debe ser una de las tareas primordiales de un demócrata en México.

Históricamente, no hay nada más complicado en los procesos políticos que administrar los cambios de régimen. En realidad, el primer gran tratado de política moderna, escrito por Maquiavelo a inicios del siglo XVI, en 1513, *El príncipe*, es un texto para auxiliar al gobernante a enfrentar y sortear las condiciones excepcionales, brutales, de la consolidación de un régimen recién iniciado. Es justamente en una coyuntura co-

mo la imaginada por el florentino en la que nos encontramos en México, y su clase política no pareciera estar a la altura de las exigencias.

Y es con este tercer punto o tema con el que quiero concluir.

La clase política mexicana pareciera esta consumiendo el grueso de su energía en sus luchas internas. En el México actual, aunque se sigue manteniendo el carácter presidencial del régimen, ya no pareciera ser el presidente quien conduce la famosa “nave del Estado”. En la práctica, y por el carácter de gobierno dividido que tenemos, el poder se ha fragmentado y una parte importante de éste ha ido a parar a manos de los partidos, y dentro de esos partidos sostenidos con fondos públicos, sus respectivas oligarquías son hoy centros de poder notables. Sin embargo, ese poder pareciera estarse empleando no en una actividad constructiva sino en llevar adelante la lucha interna dentro de cada partido y luego en el magno conflicto entre los partidos, conflictos que desde la sociedad son vistos, en el mejor de los casos, como irrelevantes y, en el peor, como una lucha por los despojos; dejando al “interés nacional”, cualquiera que sea la definición que se le de, como un asunto secundario.

El resultado es una sociedad que ya desde el 2003 se alejó de las urnas y que tiene una opinión muy pobre de los partidos políticos y de los políticos. En México se ve a la clase política como particularmente corrupta. De nuevo Latinobarómetro. Este indicador encontró que fue nuestro país el que ocupa el primer lugar en cuanto a percepciones negativas sobre la falta de honradez de la policía (65%), de los jueces (58%) y de las burocracias en las secretarías de Estado (56%). En tales condiciones no debe sorprender que cuando se pregunta si se considera que “El país está gobernado por unos cuantos intereses poderosos en su propio beneficio”, el 75% conteste afirmativamente.

Para concluir, y pese a todo, la democracia es un sistema político que las cuatro quintas partes de los mexicanos dicen seguir considerando como el mejor (79%); no podemos, de ninguna manera, dar por sentado que ese sistema, sin ninguna tradición entre nosotros, tiene asegurada su supervivencia. Para arraigar la democracia, para consolidarla en la conciencia mexicana, es necesario llevar adelante la reforma del Estado, pero más importante aún es lograr revivir la confianza en el proyecto nacional mexicano como un proyecto común y dentro del marco democrático. *Lo fundamental es la idea*. Lo fundamental es lograr que la mayoría pueda pensar el futuro como una tarea colectiva y factible. Pero claro que eso

no es realista si no se dispone de una clase política a la altura de las circunstancias.

México tiene hoy la oportunidad histórica de modificar de manera sustantiva la naturaleza de la conducción de los asuntos públicos, de dejar atrás una historia dominada por diferentes tipos de autoritarismo. El juicio que finalmente se haga sobre la manera en que se aprovechó o se desperdició esta oportunidad, depende en lo inmediato menos de la sociedad en su conjunto y más de su grupo dirigente. El factor humano en la dirección de las instituciones públicas y de la sociedad civil es lo importante, es lo decisivo. Sin embargo, confieso que no se cómo lograr que la clase política mexicana tome conciencia de lo que está en juego y se decida a estar a la altura del reto. ¿Cómo lograr que se eleve la mira, que el debate se aleje de la mezquindad y que el grueso de su energía y preocupación se redirija a resolver los asuntos centrales de la nación?